

LAS NAVIDADES EN EL SIGLO DE ORO

Por A. Martín del Olmo



La Semana Santa, el Corpus y la Navidad fueron las tres devociones principales en España durante el Siglo de Oro. De ellas, las fiestas navideñas eran las que poseían un carácter más íntimo y familiar.

Este carácter, junto a sus celebraciones y festejos —felicitaciones, regalos y banquetes incluidos—, aparecen reflejados con fidelidad en la literatura de la época

Cristo niño en Belén; Cristo crucificado en el calvario; Cristo sacramentado en la Custodia, fueron las tres devociones de los siglos XVI y XVII, completadas con la de María Madre, la Dolorosa y la Inmaculada. Mientras la Semana Santa y el Corpus se celebraban con gran esplendor y concurso de multitudes, la Navidad tuvo un carácter más íntimo.

La infantil alegría de la Nochebuena, con las notas festivas de los villancicos, contrastan con los desfiles dolorosos de la Semana Santa, al son de las saetas y de los azotes de los disciplinantes; pero conviene recordar que los villancicos precedieron a las procesiones, y que antes hubo autos del Nacimiento que autos sacramentales. Los desfiles del Corpus, con el Mojigón y la Tarasca, provocaban en las calles explosiones de júbilo popular. La alegría navideña era más íntima, más familiar, más auténtica. No en vano se suele decir cuando alguna persona muestra su contento, que está alegre como unas Pascuas.

Los historiadores de la vida religiosa en el Siglo de Oro, que dedican muchas páginas a la Semana Santa y a la fiesta del Corpus, apenas hacen referencia a las navideñas, con la única excepción de la Misa del Gallo. En la literatura, sin embargo, Navidad es la Pascua de las Pascuas, y sus festejos característicos —felicitaciones y regalos incluidos— aparecen reflejados con fidelidad en los epistolarios, en el teatro, en la novela y en otras obras literarias.

MISA DEL GALLO Y VILLANCICOS

El ciclo navideño empieza en realidad en la Nochebuena y se prolonga hasta el día de los Reyes. «Si la vigilia fuere grande, mayor será la fiesta» —decía fray Dionisio Vázquez, el orador agustino predicador de Carlos V—. La Nochebuena era grande y en ella todo giraba en torno de la Misa del Gallo. Las gentes solían acudir en masa. Esta circunstancia fue aprovechada por los moriscos de Granada en la noche del 24 de diciembre de 1568 para intentar apoderarse del Albaicín, después de haber proclamado rey a Abenhumeya.

A la Misa del Gallo asistía el rey dondequiera que estuviere. En la Navidad de 1581 escribía Felipe II a sus hijas desde Lisboa: «La pasada noche me acosté a las

tres porque se acabó poco antes la Misa del Gallo...». Asociaciones de toda clase celebraban las fiestas con diversos actos además de la Misa. Lope de Vega, durante muchos años, celebró la Nochebuena en la Congregación del Caballero de Gracia, donde solía llevar a músicos y comediantes, para lo que pedía el coche al duque de Sessa. El cochero que se llamaba Francisco, debería estar en casa de Lope a las diez, y pasar a recogerlos de nuevo a las dos de la madrugada, lo que señala aproximadamente el tiempo que duraban los espectáculos, Misa del Gallo incluida.

La Nochebuena se celebró pronto en las Indias. La convocatoria a Misa del Gallo se hacía al toque de tambores y trompetas. Histórica fue la Navidad de 1535 en el Perú, cuando las campanas de Lima sonaron por primera vez, recién instaladas, convocando a los fieles a Misa del Gallo. Pero más expresiva es la relación de un misionero franciscano, fray Toribio de Benavente, llamado por los indios Motolinia («hombre pobre»), según se lee en su **Historia de los indios de la Nueva España**: «La noche de Navidad ponen muchas lumbres en los patios de las iglesias y en los terrados de sus casas, y como son muchas... parecen de noche un cielo estrellado; y generalmente cantan y tañen atabales y campanas, que ya en esta tierra han hecho muchas y ponen mucha devoción y dan alegría a todo el pueblo... Los indios en esta noche vienen a los oficios divinos y oyen sus tres misas y los que no caben en la iglesia por eso no se van, sino que delante de la puerta y en el patio rezan... Y en la iglesia tienen a Nuestra Señora con su precioso Hijo en el pesebre...». Años después, en los maitines de la Nochebuena de 1689 se cantaba en la catedral de Puebla un villancico de la poetisa mexicana sor Juana Inés de la Cruz:

*«Al niño divino
que llora en Belén,
¡déjenle, déjenle!
que a lo criollito
yo le cantaré.»*

No pueden hallarse testimonios más expresivos del auténtico trasplante de la Nochebuena en esta parte que se llamó Nueva España.

Desde el siglo XV y no sólo en la Misa del Gallo, acompañaron a los actos religiosos los autos de Navidad y los villancicos. En Alcalá se publicó en 1605 un

Cancionero para cantar la noche de Navidad. Anterior es el **Cancionero de Ubeda** (1588), y Esteban de Zafra en 1595 publicó en Toledo **Villancicos para cantar en la Natividad.** Todos recogen versos anteriores.

Las **Coplas de Vita Christi**, de Fray Iñigo de Mendoza son en parte una verdadera obra dramática, dialogada, la más antigua sobre el tema del nacimiento, de corte rústico, editada en Zamora en 1483. Por aquellas fechas se representaba un verdadero Auto de Navidad compuesto por Gómez Manrique (tío del otro Manrique, Jorge, más conocido): **Representación del Nacimiento de nuestro Señor, a instancia de doña María Manrique, vicaria en el monasterio de Calabazanos, hermana suya,** fina composición, cuya canción final es un auténtico villancico. Esta **Canción para callar al Niño,** era, sin duda, interpretada por las monjas y puede considerarse como antecedente de las que compuso Santa Teresa y se cantaban en los conventos carmelitanos.

*«Angeles del cielo,
venid dar consuelo*



*Lope de Vega, fecundísimo escritor,
nos ha legado deliciosos villancicos.*

*a este mozuelo
Jesús tan bonito...
Cantemos gozosas,
hermanas graciosas,
pues somos esposas
de Jesús bendito.»*

En las cartas de Santa Teresa hay referencias a sus coplas y a otras compuestas por la Madre María de San José, priora de Sevilla. En el canto participó algunas veces la propia santa, como se deduce de las destinadas a la **Fiesta de los Reyes**, cuyo estribillo es:

*«Pues que la estrella
es ya llegada,
vaya con los Reyes
la mi manada.»*

Parece ser la respuesta que daba la priora a las monjas que cantaban las estrofas: «Vayamos todas juntas...», etc. La primera vez, la priora debió ser Santa Teresa.

De otro tono son las églogas navideñas de Juan de la Encina representadas en la Navidad de 1492, autor también del **Paso de dos ciegos y un gracioso para la noche de Navidad.** Notables son, y más espirituales, el **Auto del Nacimiento**, de Lucas Fernández y la Egloga de la Natividad, de Fernán López de Yanguas, con villancico final:

*«Hagamos aquí una danza
por servir a este chiquillo.»*

Los autos del Nacimiento, atribuidos a Lope, tal como han llegado hasta nosotros, no pueden ser suyos, a juicio de Menéndez y Pelayo. En cambio se recreó escribiendo largamente sobre los **Pastores de Belén.** Lope, con su habitual visión española de todo, parece describir a ratos la celebración de la Navidad en Madrid. Uno de los pastores ofrece miel de romero y huevos para hacer torrijas; y otro, pan de higos y turrón. En los bautizos de la época se convidaba a mazapán y también a torrijas.

Pero donde Lope de Vega no tiene rival es en los villancicos. Conocidos son: **Campanitas de Belén, Pues andáis en las palmas...** y

*«Venga con el día
el alegría...»*

Otro extraordinario autor de villancicos fue Gómez de Tejada. Destacan entre los suyos:

*«Hagamos un pellico
al niño Dios...»*



También Santa Teresa, pintada aquí por Murillo, escribió coplas y villancicos navideños, llenos de gracia y espontaneidad.

*«Que si voy, y no vengo, vengo,
no me lo preguntéis, zagalejo...»*

Pero hay uno que merece especial atención, porque parece ser el antecedente de otro famoso de Góngora:

*«¿A dónde bueno, zagal?
Al portal.
¿Hay algo bueno que ver?
Un clavel.*

*¿Quién nos lo ha brotado ahora?
El aurora...»*

Suprimáanse los interrogantes y tendremos el de todos conocido:

*«Caído se le ha un clavel
hoy a la aurora del seno...»*

Deliciosos y variados son los villancicos de Góngora. Al portal acuden pastores, gitanos, negros, moriscos, etc., con su habla

pintoresca. Hay alguno escaso de aliento popular y sobrado de artificio:

*«Suenan dulces instrumentos,
cielos trasladan los vientos,
auroras pisan los prados
riendo los más nevados...»*

Hay otros sencillos y llenos de ternura:

*«Quedo, ¡ay!, queditico, quedo,
pediros albricias puedo.»*

Sería interminable la relación de poetas de aquella época que compusieron villancicos. Pueden citarse, amén de los citados, a Valdivielso, Montesinos, el príncipe de Esquilache, los Argensola, Quevedo, el padre Sigüenza, Solís y Juan Alvarez Gato. La poesía del Nacimiento supera con mucho a la de la Pasión y de la Eucaristía.

Antes de entrar en el capítulo de los festejos y diversiones, conviene señalar la curiosísima obra de Alonso de Ledesma, **Juegos de Noche-Buena**, publicado en Barcelona en 1611, donde se verifican juegos como los del Quiquiriqui, del Abejón, de la Gallina ciega, del Caracol, del qué es cosa y cosa, etc., y hay cuentos como el que empieza:

*«Erase que se era, que norabuena sea,
el bien que viniera para todos sea...»*

Y canciones como la felicitación del Año Nuevo:

*«Aguinaldo, aguinaldo
que Dios nos dé buen año.»*

COMEDIAS, TERTULIAS, BAILES Y SARAOS

Las fiestas fueron adquiriendo poco a poco un carácter más profano. Los autos navideños y otras representaciones religiosas fueron poco frecuentes en el siglo XVII, salvo las que se seguían en los conventos. En cambio, la temporada teatral navideña rivalizaba con la primavera. Entre ambas imponía un largo paréntesis la Cuaresma. Los teatros de Madrid ponían el completo. Cuenta Pellicer en los **Avisos**, el 29 de diciembre de 1643, que «don Pablo de Espinosa, por diferencias sobre un banco en la comedia, mató a un caballero... y el matador quedó tan malherido que está deshauciado». El mismo día quedó muerto de un carabinazo don Iñigo de Mendoza «corregi-

¿Aquí se contienen tres mane

ras de coplas en loor del Nacimiento de Christo, y estas primeras son contrabechadas a aquellas que oízen. Hay dela ñiguiri ñigui, etc.



Hay dela ñiguiri ñigui/
hay dela ñiguiri ñion.

hay dela ñiguiri ñigui
hay dela ñiguiri ñion.

Que te cõtare mingacho
yergue nofles dormillon
que si me escuchas vn cacho
hauras gran consolacion:
hay dela ñiguiri ñigui
hay dela ñiguiri ñion.

Las ouejas y mastines
elevadas daquel ton
no pacian con las crinco
altas como el herizon/
hay dela ñiguiri ñigui
hay dela ñiguiri ñion.

Esta noche repastando
con Pancrudo y morejon
vimos vn angel bolando
que tanzia en perficion/

Despues de rãzido arreo
bue a cantar esta cancion/
gloria in excelsis Deo
pax in terra y buen perdon

*«Tres maneras de coplas en loor
del Nacimiento de Cristo», impresas
en el siglo XVI.*

dor de Cuenca, de donde había venido a holgarse estas Pascuas». Esto de holgarse en las Pascuas es bien significativo, aunque a veces tuviera trágicas consecuencias. Y es que la muerte no respeta las fiestas y amenaza hasta en los templos, cuando se va con otros fines que los de rezar. El mismo Pellicer dice que en la Nochebuena de 1639 «tuvo el alcalde don Enrique de Salinas un encuentro con el señor conde de la Calzada sobre hablar con unas damas tapadas en las monjas de Pinto». ¿Qué hacían damas tapadas en esa Nochebuena? Se evitaron males mayores «porque estuvo el alcalde muy cuerdo».

Las comedias eran espectáculos de relieve en Navidad, época en que actuaban en Madrid las mejores compañías. Se sabe, por ejemplo, que en 1622 trabajaron Valdés y su esposa Jerónima de Burgos. Más sonada fue la temporada de 1626 cuando «La Calderona» estrenó en el Teatro de la Cruz la obra de Lope de Vega **Amor con vista**. Ma-

ría Inés Calderón tenía sólo 16 años, pero ya estaba casada y era famosa actriz. Felipe IV vió la representación desde el palco reservado que tenía en aquel teatro, donde podía llegar sin ser visto. Las temporadas más brillantes siguieron al segundo enlace real. Mariana de Austria cumplía años el 22 de diciembre y esto obligaba a adelantar los mejores estrenos. Barrionuevo dice en 1656: «Cuatro autores de los selectos han hecho cuatro comedias nuevas para mayor festejo de los años (de la reina) y de la Pascua». En 1668, en el cumpleaños de la reina se estrenaron **Fieras afemina amor** y **El triunfo de Juan Rana**, celebrándose la fiesta en el Retiro.

Las circunstancias obligaron a veces a organizar diversas clases de festejos, adelantando las celebraciones. Así ocurrió en 1633, según cuenta el padre Sebastián González (**Relatos diversos de cartas de Jesuitas**) el 3 de enero del año siguiente: «Sus Majestades han estado muy entretenidas con estas últimas fiestas que han sido lucidísimas; todo por el parte de la Serenísima Reina de Hungría». Hubo toros, cañas, estafermo, sortija y otras diversiones en el Palacio del Retiro. Las fiestas empezaron el 11 de diciembre, y se fueron sucediendo, interviniendo en las cañas ocho cuadrillas, cuatro dirigidas por el propio rey y otras cuatro por el duque de Medina de las Torres. Además de corridas de toros, «algunos día después hubo lucha de fieras» —termina el padre González.

Acaso pueda extrañar que hubiera toros en invierno. Pero los hubo también el año siguiente, y en 1649, año de la llegada de la reina Mariana, fue precisamente en su cumpleaños (22 de diciembre).

Para saber cómo celebran la Navidad las damas y caballeros en tiempos de Felipe IV, ningún testimonio mejor que el de María de Zayas, que publicó en 1637 en Zaragoza, sus **Novelas religiosas y ejemplares**. En la introducción vemos ya que toda la obra obedece a un estudiado entretenimiento para las fiestas navideñas. «Pues como fuese tan cerca de navidad, tiempo alegre y digno de solemnizarse con fiestas, juegos y burlas... concertaron entre sí un sarao, entretenimiento para la Nochebuena y los demás días de Pascua.» La iniciativa es de las mujeres Lisis, Lisarda, Matilde, Nise y Filis, «todas nobles, ricas, hermosas y amigas». Concertaron el sarao, convidando a don Juan, primo de Nise y dueño de la voluntad de Lisis, quien «a petición de las damas, se acompañó de don Alvaro, don Mi-

guel, don Alonso y don Lope... Todos en nobleza, galas y bien de fortuna, iguales y conformes». La primera velada es en la Nochebuena, juntándose todos en casa de Lisis. La sala está bien iluminada; el brasero de plata alimentado de fuego y diversos olores y los asientos de los músicos se hallan cerca de la cama de Lisis, ligeramente indispuerta. La fiesta se inicia con una gallarda, se canta un romance y se cuentan dos novelitas. Luego tocan de nuevo los músicos, danzan dos expertos bailarines «y después de haber dado fin a la danza —escribe la novelista— dieron principio a una suntuosísima colación... donde en competencia las ensaladas de los dulces... como en tales noches es costumbre...». Tocaban a maitines en el Carmen y deciden oírlos con la Misa del Gallo. La segunda noche se inicia con algunos graciosos bailes y un entremés, sigue un romance cantado y se cuentan otras dos novelas, bailando luego la danza del hacha. Y así los demás días. Al final del quinto se anuncian los esponsales de Lisis y don Diego —ha habido cambio en don Juan— para el día del Año Nuevo, fiesta de la Circuncisión. Pero se agrava la enfermedad de Lisis y no pueden reanudarse las veladas hasta el carnaval del año siguiente.

FELICITACIONES Y AGUINALDOS

Era uso general felicitar las Pascuas por escrito, aún a riesgo de los retrasos del correo. En la comedia **El hechizado por fuerza**, de Zamora, uno de los personajes se enfada al pedirle los cuatro cuartos del porte de una carta:

«—¿Pues tengo
yo de poner de mi casa
el que al otro se le antoje
darme desde allá las Pascuas?»

En las Navidades de 1514, el cardenal Cisneros, desde Alcalá en carta dirigida al canónigo Diego Pérez de Ayala, le pide que felicite las Pascuas al rey y a otras personalidades de la Corte. Lo mismo hace al año siguiente en cartas fechadas el 21 y 28 de diciembre.

El 25 de diciembre de 1581 Felipe II escribe a sus hijas desde Lisboa: «Dios os guarde y os dé tan buenas Pascuas como os las deseo».

Entre Felipe IV y la Madre Agreda la correspondencia es numerosa. El rey suele manifestar el deseo de aprovecharse «del tiempo destas santas Pascuas» y agradece sus felicitaciones. La de ella, el 22 de di-



Francisco de Salinas, el gran músico ciego del Siglo de Oro, que escribió melodías para algunos villancicos.

En la parte inferior, el sevillano Cristóbal de Morales, que también puso música a temas navideños.



ciembre de 1660 decía: «Que dé el Altísimo a V.M. santísimas Pascuas».

Entre las muchas que tengo anotadas elijo algunas de las más interesantes por diversos motivos. Santa Teresa, por ejemplo escribe a don Roque de Huerta: «Jesús sea con vuestra merced siempre y le de tan buenas salidas de Pascua y entradas de año...» Fórmula muy suya en la que une la felicitación de Pascuas y la del Año Nuevo casi al modo actual. En Quevedo no pueden faltar las notas de humor: «Dé Dios a V.E. estas Pascuas con la salud y el contento que yo deseo», escribe al duque de Medinaceli en 1630. En 1635 al mismo: «No sé si V.E. ha recibido el pliego mío... en que envié a V.E. las Pascuas; que yo cuando envío es lo que se viene.»

Estilo más parecido al nuestro tiene el P. González al dirigirse al P. Pereira el 15 de enero de 1638: «Haya dado nuestro Señor a V.R. tan alegres Pascuas y entradas de años como yo deseo». (**BAE, LXIII. Epistolario Español**). En las últimas líneas habla de un libro y de vitelas.

Este libro y vitelas, posibles regalos, me llevan como de la mano a una carta de Góngora, asiduo escritor de cartas felicitando las Pascuas de Navidad y de Reyes: «El regalo que suplico, las Pascuas le harán aguinaldo». Que el aguinaldo era costumbre muy española se dice claramente en una carta escrita por Antonio Pérez desde su forzado exilio: «Y así me llegan a la Navidad tres cartas de vuestra señoría por aguinaldo que dicen en España».

También había canastas o cestas de Navidad. Cervantes, en el entremés de **La cueva de Salamanca**, dice por boca de Cristina: «La canasta es de Pascua, porque hay en ella empanadas, fiambres, manjar blanco y dos capones... Y todo género de fruta».

En la comedia **Abre el ojo**, de Francisco de Rojas, dice don Clemente:

*«Con achaque de las Pascuas
tengo determinación
de enviar ahora un regalo...
Trae dos cajas de turrón
de Alicante...»*

A los que agrega dos pavos, cuatro pares de perdices y otros dulces. No es extraño que Quevedo hablara de gastos extraordinarios en el romance **Calendario nuevo del año y fiestas que se guardan en Madrid**. «*Diciembre con Navidad todas las Pascuas refresca, y entre turrón y aguinaldo cualquier dinero se abrevia.*»